



**Manuel Vázquez Montalbán y Leonardo Padura:
mismas miradas, diferentes latitudes**
Àlex Martín Escribà y Javier Sánchez Zapatero
Universidad de La Habana/Universidad de Salamanca

[Hipertexto](#)

Son muchos los aspectos que permiten afirmar que la novela negra española y la novela policial cubana tienen concomitancias literarias. Quizás la más importante de todas se debe al nacimiento tardío de estas dos corrientes, que surgen sin tener una tradición propia. Ambas literaturas se consolidan en la década de los setenta, en Cuba con el nacimiento de la llamada novela policial revolucionaria y en España con la muerte del dictador Franco y la efervescencia literaria posterior. Por si fuera poco, estas dos formas de novelar tuvieron unos inicios más bien turbios, con obras poco representativas aunque gozaron de gran popularidad. Se trataba de novelas de mucho compromiso ideológico, donde predominaron las traducciones de obras inglesas y americanas.

De la misma manera que la muerte de Franco cambió la literatura en España —provocando entre muchos otros acontecimientos el nacimiento de la literatura policíaca capitaneada por Manuel Vázquez Montalbán— Cuba experimentó dos grandes cambios en su forma de escribir literatura policíaca: la primera se debe a un viraje cultural a partir del año 1972. Este cambio vino dado a causa de una serie de acontecimientos: entre ellos, la celebración del Congreso de Educación y Cultura en el año 1971, el caso Padilla y los procesos de parametración que reestructuraron la política cultural cubana. En efecto, se trató de una época en la que se pasó de una simple heterodoxia hacia una ortodoxia de carácter realista-socialista. Lo que hará la literatura policial cubana —demasiado oficialista hasta la década de los noventa— es llenar este vacío con el sorprendente —aunque no casual— apoyo de una serie de instituciones.

Al cabo de un tiempo este tipo de literatura se agota en Cuba, mientras que en España siguen floreciendo las aventuras de Pepe Carvalho de Montalbán, del exboxeador Toni Romano de la mano de Juan Madrid y las peripecias del investigador Méndez a cargo de Francisco González Ledesma. Esta fatiga literaria cubana coincide con la llegada de una crisis a todos los niveles, debida principalmente a la desaparición de la Unión Soviética sumada además a una debacle ideológica que supuso la caída del socialismo europeo.

Estos aspectos históricos y políticos fueron propicios para que se empezará a escribir un nuevo tipo de literatura policíaca en Cuba.

Es en este punto cronológico de la historia —a principios de la década de los noventa— donde surge la figura de Mario Conde, el teniente investigador creado por Leonardo Padura. De la misma manera que había hecho Manuel Vázquez Montalbán con su personaje Pepe Carvalho en España durante el final del régimen fascista, Padura aprovecha este momento ideológico en Cuba para trazar e innovar —eso sí, de manera subconsciente— un nuevo tipo de literatura policíaca. Para llevarlo a cabo, el escritor cubano ejerce una función de cronista literario e investigador periodístico de la misma manera que lo hizo Vázquez Montalbán durante unas generaciones anteriores. En primer lugar, gracias a su labor investigadora en diversos medios como *Juventud Rebelde* y sus aportaciones a diferentes revistas como *La Gaceta de Cuba* y *El Caimán Barbudo*, que le permitieron evaluar la situación de la política cubana. En segundo lugar, y de la que nos ocuparemos en profundidad, a través de su obra narrativa, especialmente la protagonizada por su personaje más cubano, Mario Conde.

Este investigador le sirve a Padura para analizar, a través de su ojo crítico y escéptico, el desarrollo de los acontecimientos que han ido sucediendo en Cuba a lo largo de estos últimos años. Sin dejar de ser nunca un producto genérico de la narrativa negra, el autor aporta a la tetralogía protagonizada por el teniente investigador un peso ideológico y político fortísimo similar al que ha cultivado en sus libros de investigación periodística.

Por lo tanto, este personaje de ficción —de la misma manera que hizo Vázquez Montalbán con Pepe Carvalho— le sirve al autor para mostrar la evolución de la sociedad cubana desde la década de los noventa hasta nuestros días. Así pues, podemos afirmar que las novelas protagonizadas por Mario Conde se han convertido en una crónica de un tiempo concreto. En una de sus múltiples entrevistas, Padura hablaba de “actualizar la novela negra cubana, ponerla al día con respecto a lo que estaba ocurriendo, de la misma manera que había hecho Montalbán en España”.

A través de su tetralogía (sin olvidar su última aparición en *La neblina del ayer*) —*Pasado Perfecto*, *Vientos de cuaresma*, *Máscaras* y *Paisaje de otoño*— identificamos múltiples similitudes con el investigador barcelonés. Entre ellos, el gourmetismo de los dos protagonistas, fruto del gusto de los autores por el buen paladar —sobre todo de la cocina tradicional— y también por el buen vino. Entre sus peculiaridades cabe destacar que ambos personajes novelescos son nostálgicos, escépticos y cada vez más sentimentales a medida que transcurren sus ciclos novelescos. Además, el gusto por las mujeres son una constante en la vida de los dos investigadores. Sus filiaciones literarias —además de las excelentes relaciones personales que mantuvieron— coinciden en muchos aspectos. Entre ellos, la singular forma de ver el mundo, el comportamiento social, además del cansancio que ambos protagonistas van transmitiendo a lo largo de sus sagas novelescas. Este cansancio viene reflejado por el desencanto a medida que transcurren sus historias, un desencanto que en el caso del escritor cubano —y en parte también del catalán, sobre todo a partir de *Sabotaje olímpico* en 1993— se convierte en dolor y padecimiento al hablar de su ciudad. Las levísimas tramas de sus novelas no son más que excusas para presentar frescos económicos, sociales y políticos de Cuba de estos últimos años.

La visión de Conde a lo largo de su vida literaria, al igual que Carvalho a lo largo de toda su saga, se mueve por todos los ambientes de la sociedad. Sus lazos urbanos, la referencia “a la ciudad” en la cual se mueve Mario Conde, muestran con claridad los orígenes de la narrativa negra norteamericana, sobre todo de aquel inolvidable San Francisco de Dashiell Hammett y cómo no, de la Barcelona de los detectives más negros. En efecto, las novelas de Mario Conde —de la misma manera que Carvalho se movía en ambientes como Las Ramblas, La Via Laietana y los de la alta burguesía— se explican por la densidad demográfica y la aparición del proletariado urbano en las ciudades del siglo XX. Esto genera un nuevo contexto a la hora de evidenciar los espacios en los cuales se mueven los personajes, entre ellos, los bajos fondos de la ciudad, hoteles y pensiones de toda clase establecen todo un entramado novelesco propio. El mantenimiento del mismo espacio novelesco durante toda la serie de novelas, con puntuales excepciones como *Asesinato en el Comité Central* o *Quintento de Buenos Aires*, permite a Vázquez Montalbán observar, a través del ojo crítico de su personaje, la evolución de Barcelona desde la incierta transición hasta la posmoderna era olímpica, narrada magistralmente en *El hombre de mi vida*, donde nada, ni personajes ni espacios ni tramas, parece tener nada que ver con la Barcelona de finales de la década de los setenta. La oscuridad y la sordidez de los ambientes de las primeras novelas de la saga dejan paso a una ciudad cosmopolita empeñada en hacer hasta de su barrio chino un lugar de diseño.

El paisaje urbano de la Ciudad Condal se transforma a medida que la historia va haciendo de España un país diferente, más europeo y más globalizado. Vázquez Montalbán, contrario a cualquier tipo de nacionalismo pero arduo defensor de la cultura popular nacional, utiliza para luchar contra esa continua transformación y esa pérdida de identidad dos elementos que con el tiempo se han convertido en característicos de un tipo concreto de novela negra —el denominado *noir* mediterráneo, al que pertenecerían, además del autor barcelonés, Izzo, Markaris o Camillieri—: el ya aludido gourmetismo y la presencia en los libros de manifestaciones propias del folclore autóctono. La debilidad de Carvalho por los guisos exquisitos, su meticulosidad en el mercado y en la cocina, pone de manifiesto la importancia que tiene en sus novelas la herencia cultural mediterránea, donde las bondades de la cocina se valoran mucho más que otro tipo de actividad doméstica. Por eso las alusiones gastronómicas representan más que un mero rasgo genérico relacionado con los clásicos investigadores Nero Wolfe o Maigret. Del mismo modo, la presencia de la copla y las canciones populares cobran gran importancia en la obra de Montalbán, del mismo modo que el son tradicional o el bolero tienen una presencia continua en la obra de Leonardo Padura, como se demuestra en *La neblina del ayer*.

De la misma manera que ocurre con el investigador catalán, los espacios de Mario Conde se conforman pues con los parámetros de la novela negra clásica. Conde se mueve por la ciudad, al mismo tiempo que el discurso se contrapone con el recorrido de la isla, desde hoteles a pensiones de mala muerte. De todas formas, las características del espacio de estos dos detectives giran alrededor de los referentes comunes con los posibles lectores. Su descripción detallada de la Habana, con múltiples referencias como Miramar, El Malecón, El Vedado nos remiten a un espacio del mundo real, existente más allá del universo de ficción, que se transforma en una especie de paralelismo con la

realidad y plagado de claves cubanas. Por lo tanto, las novelas de Leonardo Padura son propicias para este tipo de entornos que surgen en los momentos más delicados y trascendentales de la narración y que reflejan unos valores puramente urbanos. Las alusiones a los barrios más altos de sus novelas pretenden evidenciar la filiación social de sus ocupantes, lo cual quiere decir que a través de las formas de vida se ofrece un material informativo importante a la hora de caracterizar a los personajes, vinculándolos con su entorno; por consiguiente, éste se convierte en una especie de itinerario por todo el espectro social.

Ambos protagonistas literarios son, sin lugar a dudas, los personajes conductores hacia una crónica de un tiempo vivido, Montalbán lo hace en profundidad en la década de los setenta, ochenta y ya de forma menos atractiva en los noventa, mientras que Padura entra en plena ebullición en esta última década del siglo XX. Los dos personajes a través de sus sagas se debaten continuamente entre la crónica del presente y el rescate de un pasado que se va difuminando.

Citadas sus características comunes y sus afiliaciones como escritores, que son inmensas, cabe decir que aquí tan solo hemos recopilado las más perceptibles. Es por ello y por muchos otros motivos que ambos personajes literarios son leídos con voracidad y queridos por el público de novelas negras y policíacas, no sólo porque el lector se identifica con ellos sino porque van narrando las realidades de unos hechos sociales e históricos menos oficialistas y más divulgativos respetando un contexto fidedigno muy concreto.



Àlex Martín Escibà es licenciado en Filología Hispánica y Románica por la Universidad de Salamanca. Sus estudios de doctorado se centran en la novela negra y policíaca en Cataluña, tema sobre que ha publicado un estudio titulado *Catalana i Criminal*. Ha escrito diversos artículos sobre el género negro y ha ganado el premio de jóvenes escritores de la revista *Serra d'Or*.



Javier Sánchez Zapatero es licenciado en Periodismo y en Filología Hispánica. Director del "Taller de Novela Negra" de la Escuela Letra Hispánica, trabaja como investigador en el departamento de Lengua Española de la Universidad de Salamanca y ha publicado varios artículos de investigación en diversas revistas científicas.